Las trinitarias y Barba Azul

Premio del Concurso para Autores Inéditos,
mención Narrativa, edición 2010

Colección
Las
formas
del
fuego

Carolina Álvarez

Las trinitarias y Barba Azul



1ª edición, 2011

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
Rafael Márquez

DIAGRAMACIÓN
Henry mendoza

CORRECCIÓN
Wilfredo Cabrera

Apartado Postal 1040, Caracas, Venezuela
Telef: (0-212) 485.0444
www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal Nº lf50020118001055
ISBN 978-980-01-1850-4



A mis padres,
sin quienes este libro no habría sido posible

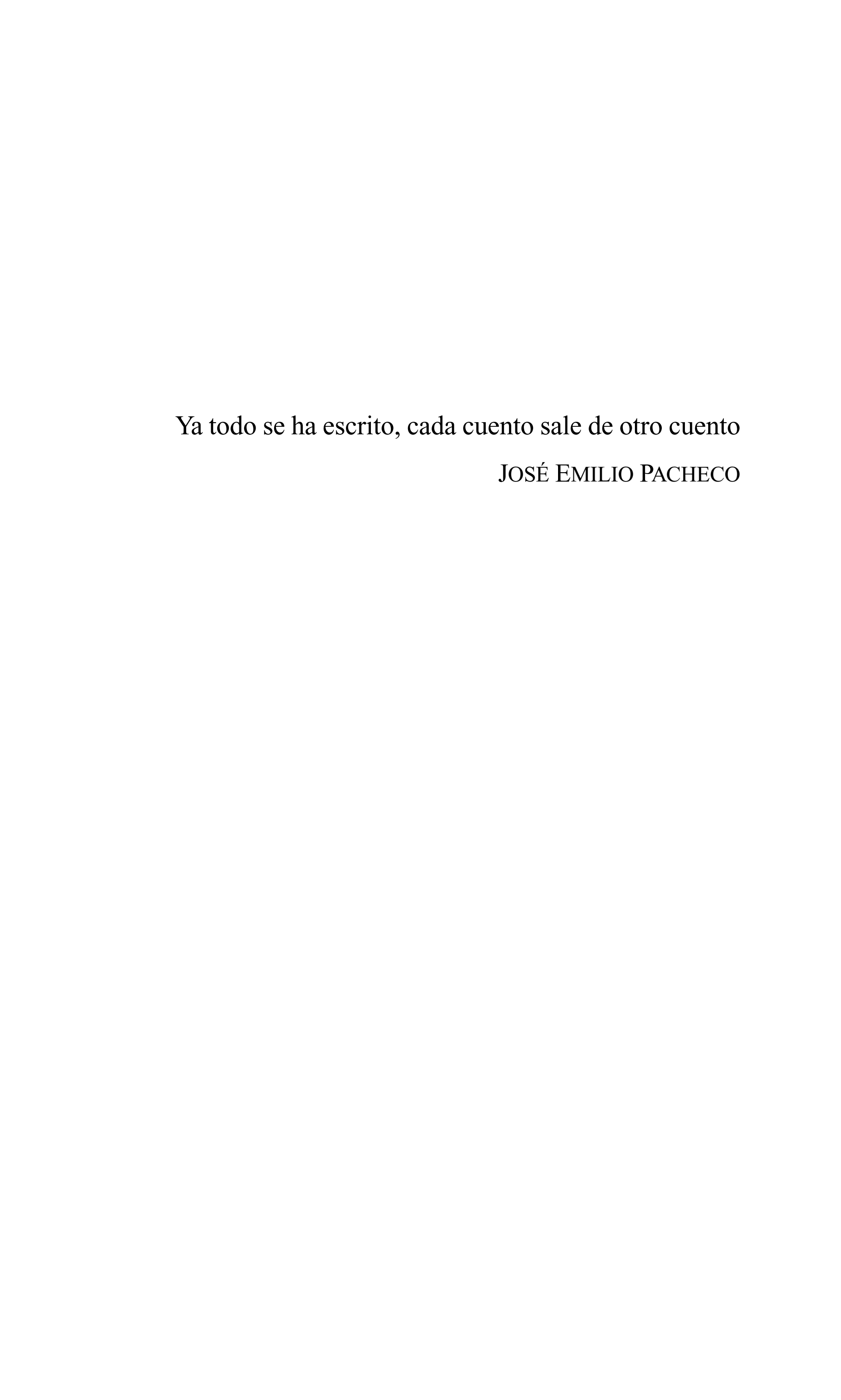
La elección crítica reclamada por toda
reafirmación de la herencia es también,
como la memoria misma, la condición de
finitud. El infinito no hereda, no se hereda.

JACQUES DERRIDA
Espectros de Marx

¿Qué otra cosa podría hacer con semejante
legado, sino deshacerme de él cuanto antes,
aunque no lo comprendía?

FRANZ KAFKA
Carta al padre

Primera parte



Ya todo se ha escrito, cada cuento sale de otro cuento

JOSÉ EMILIO PACHECO

El concierto de los animales

Fue el concierto, antes loco,
la maravilla, vive Dios del arte;
y aunque gruñendo un poco,
cada cual desempeñó su parte.

CAMPOAMOR

Después de la «última» ya no te acuerdas de nada. Mentira. Sí te acuerdas, te acuerdas de todo, pero tienes la máscara: la excusa. Y como todos la tienen y participan del mismo carnaval, en su carnaval, también fingen que no recuerdan, que no saben, que se olvidan.

Lo detesto, no lo detesto, lo aguanto, no lo aguanto, créeme que trato y no puedo... Se ríen, todos se ríen a mi alrededor, sé que se acerca la hora de mi acto. Cada uno de nosotros hace lo mismo después de las tres de la mañana, quizás es la forma de prolongar algo que hace rato terminó: Sebastián adora hacer de *striper*. Gerardo recita aquella poesía de Luis Pales Matos «Calabó y bambú, bambú y calabó…», trata de decirnos que no está como nosotros, que a él no se le enreda la lengua… «Es el sol de hierro que arde en Tombuctú…», y los demás sabemos que la recita justo porque está tan borracho como todos. Aún Mariela no se ha subido a la mesa a bailar, no estoy segura si lo hace antes o después de mi turno, no importa. Voy a comenzar. Río con fuerza, pido mi canción al *discjocke*y y comienzo a todo pulmón: «Probablemente ya de mí te has olvidado y sin embargo yo te seguiré esperando... No me he querido ir para ver si algún día… Se me olvidó otra vez que sólo yo te quise...». Me doy cuenta de lo que estoy diciendo en la canción —Eso no vale, la gracia

está en no pensar «…que sólo yo te quise...»— y hago una mueca. Debo vencerla —a la canción y a la mueca— y comienzo a reír por fuera. Río. Río, «¡Agárrala, se va a caer!», grita alguien. Definitivamente, es el turno de Mariela. La función debe continuar. ¡El baile por favor!; quizás si todos giran a mi alrededor, hacia el lado contrario de mi mareo, logren que se detenga esto.

El caimán y la tortuga

Una vez, un hombre y una mujer trataron de inventar que eran la única pareja que aún podía amarse. Fantasearon un encuentro y jugaron a que era la manera de prolongar la vida en este planeta a punto de extinguirse.

Decidieron verse en un museo, el Museo de Ciencias, entre los fósiles de la tortuga y el caimán gigante. Ella, como siempre, llegó primero. No quería moverse del lugar, pensaba que un movimiento involuntario haría que él no llegara a encontrarla o no la reconociera.

Sin embargo, al llegar él, todo ocurrió muy rápido, no tuvo tiempo de hacer nada. Lo último que vio, fueron aquellos enormes colmillos dispuestos a devorarla…

Horas más tarde el vigilante del museo tuvo que escuchar a un hombre que no paraba de hablar tratando de explicar la tragedia. Lo peor es que el mundo aún sigue en peligro.

La bella durmiente

> Y así pasaron cien años hasta que un apuesto príncipe, montado en su corcel pasó cerca del lugar (...) la hermosa Princesa dormía. Asombrado por su belleza, se inclinó y posó suavemente sus labios sobre las rosadas mejillas de la hermosa joven. ¡La bella Princesa despertó!

Mercedes pasaba ya los 40. Tenía una vida estable. Si quisiéramos describir su situación, la imagen perfecta sería una línea recta. Sí, una línea horizontal, sin ángulos ni curvas. Esposo, dos hijos (niño y niña), un apartamento en la ciudad, un condominio en la playa. Completaba el cuadro su trabajo como odontóloga del Centro Médico. Un horario flexible para atender la casa, los niños, el marido y el gimnasio —Mercedes se conservaba delgada y en forma, asunto que también forma parte del sueño hecho realidad.

Ya se lo había dicho su mamá: «La profesión de odontóloga es ideal para las mujeres». Claro que la madre nunca ejerció su profesión y se había casado con un cirujano que no tenía horario para la familia, pero al menos había tenido las influencias necesarias para conseguirle a Mercedes «un cupo» en la clínica. En fin, se sentía satisfecha.

Ese día sólo alteró un milímetro-segundo su rutina. Un paciente había faltado a su cita y decidió bajar a despejarse un poco antes de que llegara el siguiente. Cuando entró en el ascensor reconoció a uno de sus profesores de bachillerato.

Sí, era Sergio Morales, docente estrella en la secundaria —enseñaba Historia de Venezuela, colaboraba

con los clubes de cine y prensa escolar, ayudó al grupo de teatro con *El día que me quieras,* de Cabrujas, y por supuesto fue padrino de la promoción.

Morales también la reconoció y exclamó apenas la vio entrar:

—¡¿Mercedes Vilar?! —usó el nombre y el apellido, como al pasar la lista de asistencia. Los otros dos pasajeros de la cabina fijaron sus miradas en la doctora que entraba.

—¡Profe! ¡Qué sorpresa! ¿Qué hace por aquí?

—¡Muchacha, estás igualita! Bueno, más linda diría yo. ¿Cómo es posible?

Mercedes sonrió. Sus sacrificios de dietas y ejercicios se veían recompensados.

El profe continuó:

—Mi hija acaba de tener un bebé. Ya soy abuelo, ¿te imaginas? Hoy le dan de alta.

—¡Felicidades! —dijo sinceramente—. ¿Cómo se llama el bebé?

—Simón. Es una maravilla. ¿Y tú?, ¿qué cuentas?

—Yo tengo mi consultorio en esta clínica, en el piso 5.

—¡Caramba! Te debe ir muy bien.

—Sí, no me quejo.

Se hizo el silencio e hicieron lo que todos acostumbramos en los ascensores. Miraron los números que se iban encendiendo uno a uno y luego orientaron su vista hacia la punta de los zapatos.

Los ascensores son espacios curiosos. Todos, alguna vez, hemos sentido la sutil presión que este aparato genera. Allí nos vemos obligados a estar más cerca de lo que normalmente permitimos, en atención a los límites de nuestro espacio personal. No se compara con el metro o los transportes públicos, donde si bien estamos más pró-

ximos del otro (sin límite alguno), no existe la intimidad de este cuarto sin ventanas.

El profesor Morales reanudó la comunicación:

—Tengo que volver a la habitación en un ratito para buscar a mi hija. Allá está toda la familia. Bajé a tomarme un café, casi no dormimos anoche con la celebración. ¿Será que puedes acompañarme?

—¡Cómo no, profe!, yo también bajé a tomar algo.

Fueron a un lugar cercano se sentaron, pidieron dos marrones grandes y comenzaron a hablar. Él continuaba siendo profesor de Historia. Seguía organizando periódicos estudiantiles, obras de teatro y esas cosas. Mercedes pensó que hay gente que se estanca, no progresa, que nunca madura.

—¡Qué malo que nos viéramos el último día! —dijo el profe—. Si hubiera sabido que trabajabas aquí, habría ido a buscarte a tu consultorio.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—¡Claro! Ustedes fueron mi primer grupo. Eso los hizo uno de mis preferidos. Creo que llegamos a conectarnos bien, ¿verdad? —y agregó—: Mira, siempre he pensado que enseñar es una labor de seducción. Si logras enamorar a tus alumnos, tienes la mitad del trabajo hecho. Con ustedes fue sencillo. Eran un buen grupo.

Mercedes asintió sonriendo. Recordó que, en aquel tiempo, le gustaba soñar con el profesor de Historia. Todas las alumnas estaban enamoradas de él. Los varones también lo adoraban. Jugaba fútbol con ellos de vez en cuando. Siempre se encontraba rodeado de muchachos y muchachas.

Morales continuó:

—¿Recuerdas a Antonio Padrón? Él estudió contigo ¿verdad? —ni se molestó en esperar la respuesta— Bueno, ahora da clases de matemáticas en el

mismo liceo donde trabajo. Siempre salimos por ahí a celebrar algo —y continuó bombardeando—: ¿A quiénes ves de tu clase?

——Del grupo sólo veo, a veces, a Teresa Vegas, su hijo estudia con el mío. De los demás, hace tiempo que no sé nada. Cada quien anda por su lado.

El diálogo derivó hacia las preguntas reglamentarias sobre los hijos, sus edades y esas cosas. En la televisión del local estaban transmitiendo un noticiero. En ese momento hablaba el Presidente y como hilando una idea con otra, el profesor Morales preguntó «sin anestesia»:

——Y tú, ¿cómo ves las cosas?

Disparó el comentario tratando de determinar qué posición mantenía su antigua estudiante ante ese ambiente político tan polarizado después de las votaciones.

Ella no se atrevía a decir directamente lo que pensaba, recordaba cómo era el profesor. No estaba del todo segura si su interlocutor mantenía las convicciones de aquella época, pero por algo había preguntado. En clase los hacía cuestionar todo: «Los libros siempre nos cuentan un solo lado de la historia», acostumbraba decir.

Para salir ilesa del trance recordó un breve parlamento de la «famosa» obra de teatro: «Yo no sé de la revolución, Elvira. Yo sé de mí. Y a veces me maravilla saber de mí. Me parece increíble mi propia adivinanza, Elvira. Todos los días... uno tras de otro... de domingo a domingo…».

Había comenzado a utilizarlo para defenderse cuando se les acercó un muchacho que vendía estampitas, todas rosadas y autoadhesivas. El profesor le explicó al vendedor que no tenían dinero, que pagaría la cuenta con tarjeta. El joven no hablaba, pero entendió que allí no haría ningún negocio y se fue a otra mesa. La conversación que habían comenzado quedó congelada.

Llegaron las tazas de café y escucharon un forcejeo: otro mesonero y alguien que debía ser de seguridad, obligaban al joven de las tarjetas a salir del lugar. «No es la forma, él no va a entender así» comentaron muy bajito, sin que nadie oyera. El muchacho gritaba pero no llegaba a articular palabra. El profesor se levantó, pero ya los encargados habían sacado al joven del local. «Bueno, ya no hay nada que hacer», pensaron-murmuraron. Otra pausa interminable. Se miraron, juntaron los labios, bajaron la mirada y respiraron hondo. ¿Cómo seguir hablando de los últimos resultados electorales? El muchacho de las tarjetitas se había quedado en medio de la mesa, entre el servilletero y las bolsitas de azúcar. Mercedes pensó que tal vez debió tomarse la molestia de revisar la cartera y comprarle algo. Pero ya era tarde.

Ambos colocaron el azúcar, agitaron el café con el removedor, lo dejaron a un lado, levantaron la taza y probaron su contenido a la vez. La sincronía de los gestos les causó gracia y esto les permitió continuar.

Conversaron un poco más sobre la familia y el colegio. A estas alturas del partido ya el profesor sabía «por dónde andaba» su estudiante de finales de los años setenta. Se dio cuenta que Mercedes defendía un círculo muy pequeño. No militaba en nada, como él se había imaginado ocurriría por lo apasionada que era en su adolescencia. Mercedes Vilar sólo deseaba que nadie se metiera con sus cosas o su familia. Mejor dicho, «esa» era su militancia.

El profesor sintió que tenía dos alternativas:

a) Ir al grano y confrontarla directamente; o

b) dejar pasar la oportunidad de argumentar.

Optó por esta segunda salida. Apreciaba a su ex alumna y le fastidiaba tener alguna discusión con ella. Mercedes estaba en su derecho de pensar lo que quisiera.

Además, ¿qué podía lograr con un enfrentamiento? Ya era abuelo y tenía que aprender a no caer en provocaciones.

Sin embargo, ella comenzaba a sentirse perturbada; quizás, en el fondo, Mercedes sí quería discutir. Se atrevió a decir algunas cosas para ver si Morales contraatacaba, pero él sólo sonreía y desviaba la conversación hacia terrenos más neutrales.

En la mente de la ex alumna comenzaron a mezclarse el muchacho de las estampitas, la obra de teatro, el discurso de graduación y el Centro de Estudiantes del liceo. Una especie de conclusión instantánea sobre su vida actual se había metido por algún lado del cerebro y le molestaba como una astilla en la palma de la mano.

Terminaron el café. El profe pagó y le recordó:

——Fuiste delegada de curso en aquella época, ¿verdad?

——Usted lo ha dicho profe, aquella época. Hoy no asisto ni a las juntas de condominio.

Ambos sonrieron.

Regresaron a la clínica. Subieron al ascensor en silencio. Esta vez eran los únicos pasajeros en esa intimidad de menos de tres metros cuadrados. Ninguno de los dos decía nada ahora. Mercedes estaba nerviosa, el rostro y las orejas le ardían. Recordó cuánto le gustaba el profesor. Sintió deseos de que Sergio Morales la besara, la rescatara, se la llevara de allí.

¿Cuándo había tomado la primera decisión que la condujo por otro camino?

Morales comentó algo.

——¿Perdón? —se escuchó decir Mercedes.

——Digo que se pasó tu piso.

Mercedes había olvidado marcar el 5.

——No importa, lo acompaño y vuelvo a bajar.

Llegaron al piso 8, el profesor le dio un beso cariñoso.

——¡Chao! Cuídate —agregó.

Mercedes se arriesgó a decir:

——Nos estamos viendo, ya sabe dónde estoy.

——Sí, lo sé —respondió él y le dijo adiós con la mano.

Se quedó en la cabina. Sola. Después de cerrarse las puertas, tardó unos segundos antes de presionar el botón del piso 5.

Cuando bajó del ascensor, aún sentía en su mejilla aquel roce cálido y pasó su mano por el rostro. Al llegar a su consultorio, el otro paciente ya se encontraba en la sala de espera.

La vendedora de fósforos

A la mañana siguiente el pueblo
descubrió, al pasar, a la vendedora
de fósforos, acurrucada y muerta, en un portal.

HANS CRISTIAN ANDERSEN

El día había comenzado de una forma inusual. Estaba segura de haber dejado todo listo para el almuerzo antes de salir. Cerró las persianas del cuarto y la sala para guardar su intimidad. Odiaba ser vista por los vecinos, prefería usar la luz eléctrica ante la posibilidad de una mirada intrusa; luego se devolvió para verificar la situación de todos los aparatos eléctricos y encontró unos platos rotos en el piso y un cuchillo fuera de lugar. «Será que los puse muy cerca de la orilla de la mesa», pensó. No sería la primera vez.

En la tienda, objetos y facturas aparecían y desaparecían. Llegó a bromear con una compañera al respecto: «Todos tenemos un día loco ¿no?». Pero la impresión de sentir que alguien la observaba comenzó a hacerse muy fuerte alrededor de las nueve de la mañana.

Salió del centro comercial a la hora del almuerzo, como acostumbraba. Mientras caminaba sintió una vez más esa sensación extraña. Era como una respiración, unos pasos, ese cosquilleo en la nuca. Pensó en llamar por teléfono, pedir ayuda a algún amigo. Pero hizo un recuento de su vida y las razones por las cuales aún vivía sola y su miedo se fue convirtiendo en tristeza.

Finalmente llegó al apartamento para comer y dejar sus zapatos a un lado por unos minutos antes de volver

a la rutina —odiaba tener que andar con zapatos cerrados y de tacón—. La cercanía de su habitación a La Casa del Fumador. Artículos para caballeros era la única ventaja que tenía aquel monótono e inútil trabajo.

Al llegar a la puerta se dio cuenta de que estaba abierta y la entrada a oscuras. Trató de encender la luz pero no funcionó. En un segundo comenzó a atar cabos e hilar todos los detalles extraños. Ahora sí, un miedo intenso se apoderó de ella. No se movía, no sabía si correr o quedarse ahí. No pensaba, ni siquiera dudaba. Sólo el sudor frío, el corazón galopando aceleradamente en su pecho… hasta que dejó de latir.

Mambrú

Las noticias que traigo,
¡del dolor, del dolor me caigo!
las noticias que traigo
son tristes de contar,
Do-re-mi, do-re-fa,
son tristes de contar.

Canción popular francesa

Querida mamá:

Qué bueno que ya encontraste la forma de abrir y enviar tus correos, siempre fuiste una mujer de avanzada, la tecnología nunca será un obstáculo para ti. Es muy importante para mí poder escribirte, comunicarme contigo, sé que estarás más tranquila si sabes que estoy bien.

Armando me contó que estás preocupada desde que te enteraste en lo que ando. En verdad, hubiera querido que no lo supieras, pero sabemos que es prácticamente imposible.

¿Que cómo llegué a esto? Pues, yo tampoco puedo explicármelo muy bien, sólo sé que una vez que comencé no pude, no puedo retroceder. Tal vez esta carta sirva para aclararte, para aclararme…

Lo que sí puedo decirte es que la situación es tan compleja que siento como si fuera dos personas a la vez. Verás, mi vida había sido siempre tan monótonamente «normal», sin más sorpresas que los regalos de Navidad y una que otra visita inesperada. En esa vida que llevo en casa, antes de actuar pienso primero en la familia, en lo que aprendí, en lo que me enseñaste; si es correcto, bien visto... Hay cosas que simplemente ni siquiera se me ocurre hacer.

En cambio, cuando estoy aquí con Fernando prácticamente olvido todo, sólo existe el momento (sé que suena a frase hecha, pero es así). He aprendido a arriesgarme, incluso a esconderme, a disimular, a fingir. Fernando dice que nunca se imaginó que yo fuera así. Comenta que sólo me recuerda en mi cubículo de la redacción del periódico escribiendo frente a la computadora, sin moverme ni a tomar café. Con el cabello siempre del mismo largo, silenciosa, cumpliendo exactamente mi horario tanto de entrada como de salida (nunca después de las 4:30 p.m., ya sabes, corriendo a recoger a los niños). Asegura que ni leía mis trabajos, debían tener un tono tan aburrido como yo.

Mamá, en verdad, el asunto va más allá de una actitud o un comportamiento determinado. Algo en mi interior ha cambiado de manera profunda. He aprendido a no juzgar, a escuchar. Después que pasas momentos como los que estamos viviendo, comprendes que una cosa es lo que ves con tus ojos o a través del lente de la cámara y otra distinta lo que está detrás de ese hecho. Hoy comprendo que las diferencias entre los seres humanos van desde cosas tan triviales como la forma de comer aguacate, hasta cómo te relacionas con el dios en que crees —bueno, si es que crees en alguno—. Todo es tan relativo... tan poco definitivo. En mi vida «normal» existía una sola verdad, una sola fe, un solo marido, una sola forma de ser justa.

Lo curioso o terrible es que vienen otros más vivos y, usando esas diferencias, se quieren apropiar de todo. Para ellos no hay diferencias ni fe.

Pero como te decía, mamá, aqui siento que llevo dos vidas y que éstas a su vez se complementan. No quiero renunciar a ninguna. De un lado está el riesgo, la aventura que hace que el ser, el existir, cobren otra dimensión. Pero

a la vez me resulta imposible andar por el mundo con el corazón saltando, dando vueltas. Podrías tomarte el pulso hasta en la punta de los dedos. Es cierto que la tensión constante estimula, pero no se puede vivir con la idea perenne de que en un nuevo encuentro acabará todo. En algún momento debo detenerme, por eso necesito saber que existe algo más, que existe la paz, un lugar como mi casa donde todo es predeciblemente tranquilo.

No tenía estos planes, ni siquiera había imaginado un pequeño giro en mi rutina. Sin embargo, ese día apareció Fernando en la redacción con su propuesta y se abrió el abanico. Ahora que lo pienso, tal vez en el fondo sí estaba buscando, quizás hasta se me notaba y por eso fui una candidata «fácil» y mi respuesta fue inmediata. No lo sé, el principio ya es historia.

Bueno mamá, por ahora tengo que dejarte, te escribí mientras esperaba a Fernando en un café frente al hotel, pero ya se acerca. Él es puntual, ambos sabemos que la puntualidad es esencial en esta situación. Unos minutos de más en cualquier lugar pueden levantar sospechas. A medida que se acerca me voy sintiendo nerviosa, siento miedos ¿Por qué acepté? ¿Cómo llegué aquí? Ciertamente es como dices, en eso tiene razón, es como para preguntarse por qué teniéndolo todo, vengo y me arriesgo de esta manera. ¿Será que en el fondo, dentro de mí hay algo mórbido? La tensión, el riesgo me estimulan como una droga. Así deben sentirse los que se lanzan al vacío atados a una cuerda elástica… A estas alturas mejor no profundizo más, no ayuda, es tarde. Ya me lancé.

Por suerte, Fernando es un excelente compañero, nos llevamos bien. Claro que él tiene más experiencia en estos menesteres, pero hemos logrado ser un buen equipo. Ya sabemos cómo compaginar nuestras responsabilidades y conseguir la entrega a tiempo. Lo he hablado con él,

coincidimos en ese sentimiento de duplicidad. Sabemos que nuestras vidas de verdad no se encuentran en este lugar, sino en casa. Lo que presenciamos es la vida de otros, ellos no tienen alternativa. En este pueblo sólo compartimos con sus habitantes el calor, el susto por las explosiones y el trabajo como corresponsales del periódico en una terrible guerra sin sentido, sin ganadores.

Te quiero.

Un abrazo fuerte

Moraima

La Cenicienta

... Ella era la que fregaba
los pisos y la vajilla,
la que limpiaba los cuartos...

CHARLES PERRAULT

El vecino del frente tiene una ventana enorme en la sala.

Cree que las mujeres se mueren por él y camina por las aceras como si una filmadora lo siguiera.

El vecino del frente sale los sábados en la mañana a correr y sus movimientos son perfectos, no tropieza nunca ni detiene su ritmo. Sus cabellos no crecen y logran apenas hacer una onda que se bate con el viento cuando hace sus ejercicios.

Usa unas franelas discretas que dibujan un cuerpo interesante, digno de ser tocado.

Debe ser arquitecto, o tal vez un ejecutivo; yo lo observo cuando sale a trabajar en las mañanas, mientras termino de lavar los platos y descongelar la carne del almuerzo.

No tiene idea de que existo, jamás ha dirigido su mirada a mi ventana y yo doy gracias a Dios que no lo haga porque encontraría una bata sucia, una cara lavada y unas uñas rotas.

El vecino del frente tiene que rescatarme pero no lo sabe. Sueño con el día en que podamos tropezarnos un domingo, que son los únicos días que tengo tiempo para arreglarme un poco para ir a misa.

Sé que tiene novia, pero ella no durará mucho, porque yo estoy aquí y mi cuchillo cerca.

Aimone

Aimone (Austria): gigante mítico que junto al valle del Rin, había vencido y dado muerte a otro gigante local, Thyrsus, y luego había liberado la zona de un dragón voraz. En agradecimiento a la ayuda divina recibida en el momento de llevar a cabo sus empresas, había fundado el monasterio de Wilten.

MASSIMOIZZI ALEJANDRÍA
Diccionario Ilustrado de los Monstruos

Ahí mismo, en el monasterio de Wilten, fueron a entregarle las llaves de la ciudad. Entre la multitud estaba Lorena. Ella miraba abstraída la enorme construcción; trataba de asignarle un número de metros al tamaño de aquella fortaleza, pero le resultaba difícil hacer el cálculo. Todos estaban frente al monasterio, dos de los hombres más altos tuvieron que subirse uno sobre otro para tocar el aldabón de la entrada. El gigante no había aceptado la ceremonia en la plaza pública. A decir verdad, ni siquiera había aceptado el homenaje, pero seguramente no les haría un desaire si ellos iban a visitarlo.

El pueblo guardó silencio por unos minutos, hasta que fue interrumpido por el sonido de las bisagras de la puerta. Finalmente apareció Aimone. Lorena quería ver su rostro, pero con su metro cincuenta de estatura era una tarea imposible. Llegar hasta sus ojos se convirtió, en ese instante, en el objetivo de su vida. Por fin, el gigante se inclinó para recibir de manos del alcalde y su mujer las llaves de la ciudad. La dama se deshacía en halagos, traslucía su emoción y dejaba claro ante todos que «era un verdadero honor realizar este sencillo homenaje a quien con tanto valor había defendido nuestra

comarca». Casi llora cuando las manos del coloso rozaron las suyas.

Cuando el gigante se inclinó la multitud se aglomeró frente a él, y Lorena finalmente pudo ver de cerca el rostro de Aimone. Se sorprendió. Sus gestos y expresiones eran de una indiferencia total. No parecían importarle ni las autoridades, ni la llave, ni la gente. Ni siquiera parecía recordar que hacía pocos días había eliminado a los dos temibles dragones. Sólo tomó lo ofrecido, dio las gracias y se retiró sin más.

Hay quienes ante la indiferencia reaccionan de manera extraña. Son personas apasionadas y no pueden explicar, ni justificar, una actitud que no refleje algún estado de ánimo o sentimiento. La indiferencia, pues, los embruja. Quedan encantados ante quien posee tan terrible «defecto» y se asignan la misión de entusiasmarlos. Lorena era de ese grupo.

Se dijo que tenía que descifrar el enigma de aquel héroe, saber en verdad qué sentía, qué motivaba su existencia. Era posible afirmar que Aimone había sido hasta descortés ante el conglomerado humano que le lanzaba vítores y ella necesitaba una explicación. Estaba segura de que si le daban la oportunidad, descubriría el mundo interior de Aimone y despertaría en él algún tipo de emoción.

Al día siguiente fue de nuevo al monasterio, llevó una trompeta para llamar a la puerta (sola jamás llegaría al aldabón), decidida a ofrecer al héroe el contenido de una cesta con frutas, vino y un delicioso pastel.

El gigante abrió la puerta y dirigió su mirada al piso. Ella sonrió, no podía hablar, algo en su garganta lo impedía.

—¿Qué quieres? ¿Hay problemas en la comarca?

—No, en lo absoluto —se atrevió a decir y sonrió de nuevo.

Apenas le llegaba a las rodillas y la situación se estaba tornando realmente incómoda.

—Eres enorme.

—Y tú diminuta.

Ella no sabía qué hacer, así que optó por la sinceridad como arma.

—Lo que deseo es hablarte, conocerte, pero ya me está doliendo el cuello, no sé si aguante mucho tiempo aquí.

A Aimone le agradó la franqueza de la joven aldeana y por primera vez, al menos que se supiera hasta entonces, dobló sus rodillas y se sentó sobre la grama que rodeaba el monasterio. Es difícil describir la satisfacción que experimentó Lorena: su gigante estaba cediendo.

Debía ir despacio, no era cuestión de ahuyentarlo. Ese primer día no hablaron mucho, ella le dio su presente y dejó claro que volvería a recoger la cesta. Pasaron los días y cada vez que podía, esgrimía una excusa para justificar su visita al monasterio, hasta que un día Aimone le aclaró que no necesitaba inventar nada para venir a visitarlo. Si lo deseaba, podía quedarse.

En alguna oportunidad él le dijo «Me gustas mucho» y ella vislumbró una señal de compromiso y le contestó «yo también te amo». Él sabía que había mal entendido sus palabras, pero sintió el poder de su masculinidad.

La imaginación es infinita en condiciones inusuales. Al convertirse en amantes Lorena y Aimone demostraron, como pocos, aquello de que paralelos a la línea del horizonte no existe (o poco importa) la estatura. O tal vez el gigante, como criatura extraordinaria poseía poderes desconocidos para el resto de los seres. Lorena no regresó más a su casa. Nadie volvió a verla en la comarca y pronto la gente dejó de hablar de la extraña pareja.

Lo que nunca nadie supo fue que la experiencia en el mundo de Eros, había vuelto perezoso a Aimone. Las

frutas que recogía Lorena no colmaban su apetito y le costaba horrores levantarse para cazar u obtener un alimento más sustancioso. Así que una fría mañana miró con intensidad a su amante y volvió a decirle como en otras ocasiones: «Te he dicho que me gustas mucho, ¿verdad?». La joven sonrió halagada y asintió con la cabeza. Entonces él, sin decir más, se la comió.

Los frijoles mágicos

...desde su ventana vio una enorme
planta que subía hasta el cielo
y se perdía en las nubes.

Relato tradicional inglés

Una brillante mariposa marrón y sepia parece haberse equivocado de ruta y se posa en una de las esquinas de la ventana de la cantina. No sé por qué me resulta tan extraña la presencia del insecto, tal vez porque aquí no hay flores, sólo un extenso suelo de cemento donde una turba de escolares hace su recreo. El único vegetal que adorna nuestro patio es este enorme árbol de almendrón, desde donde me encuentro presenciando el espectáculo.

¿Alguna vez has estado en un patio de recreo con más de 300 niños corriendo en todas direcciones? Todos con metas claras y urgentes. Tratando de llegar al bebedero, al poste, huyendo de otro compañero. En fin, una pequeña multitud tratando de aprovechar al máximo los 15 o 20 minutos que dura ese lapso de libertad.

En serio: ¿has estado alguna vez en un patio de recreo donde niños y niñas entre 7 y 14 años comparten un espacio en el cual se entrelazan la fila de la cantina, la pelota de goma, el cartón de jugo y las empanadas?

Siempre me he preguntado cómo no hay más accidentes en estos lugares. De hecho, en los seis años que llevo trabajando aquí no recuerdo más de 3 o 4 jovencitos que necesitaran sutura y otros tantos un poco de yeso.

Si no has estado en el patio de recreo de una escuela, te has perdido la mitad de la explicación «práctica» de la

antigua «ley de acción y reacción de los cuerpos en movimiento» o la moderna teoría del caos.

Para contribuir con el ritmo acelerado que se vive en nuestro ecosistema, hace días los de sexto inventaron un juego que consiste en batear las semillas de almendrón que andan regadas por la zona. La semilla de almendrón es casi tan dura como una piedra, ya el parabrisas del carro de Marta sufrió su grieta correspondiente. Por eso, alguien trató de impedir que siguieran; pero acabar con una moda escolar es tan difícil como hacer que se mantenga por más de un mes (fútbol, béisbol, barajitas, perinola, cuerda, ladrón y policía, tonga…); durante el año, todas aparecen y desaparecen.

Las maestras llegamos a desarrollar una especie de inmunidad ante la posibilidad del desastre. No vemos peligros donde un observador común podría sufrir una lesión cardíaca. Este «campo de fuerza» nos permite pensar que esos minutos de relajación también son nuestros. En todo caso, si llegara a ocurrir algún incidente, hasta «las nuevas» aprenden con rapidez a distinguir la profundidad de una herida, su tratamiento inmediato, cuándo un hueso está realmente fracturado y cuándo se trata de una simple torcedura. Todos los adultos del lugar saben qué maestra tiene el carro disponible, quién conoce al médico de la sala de emergencias y cuál es el centro asistencial más cercano a nuestro domicilio. Manejando esta información, logras sentir que los recreos son una maravilla.

El salón de profesores nos permite tener algún tipo de comunicación con personas adultas. Allí no tienes que cuidar tu vocabulario y puedes dar rienda suelta a uno que otro chisme sobre la situación, el papá de los Rodríguez o «la última» de uno de los Martínez. Lo malo

es que cuando la conversación comienza a tener realmente sentido, suena el timbre y se rompe el encanto. Todos a la cruda realidad del aula de clase. Niños sudados, agitados, medio deshidratados.

Aquí me encuentro, sin mucho entusiasmo, observando a la multitud de menores en su hábitat. No sé que les pasa a los niños esta mañana, o qué me pasa a mí que me alteran tanto. Claro que no es la primera vez que me encuentro *al borde.* Pero este día, en especial, me provoca amarrarlos al pupitre y renunciar para siempre, dedicarme a un trabajo de oficina rodeada únicamente de papeles y libros.

Les cuento. En las primeras horas mandé a la dirección a Yumar, cité al representante de Maura y estuve a punto de ahorcar a Serge. Pero lo que me puso peor fue la actitud hostil de Susana. No hacía nada que mereciera castigo. Sin embargo me miraba con disgusto, diría que hasta con desprecio, como si la hubiera ofendido. Me sentía un poco decepcionada, creí que ya me la había ganado, que hasta le gustaban mis clases. Menos mal que en el momento que iba a arremeter contra ella sonó el timbre. El querido timbre para salir al recreo.

¡Qué fastidio! No me acordaba, hoy tengo guardia cerca de la cantina, no podré ir al salón de profesores.¡No se empujen! ¡No se coleen!…

Como les dije, hoy todo me fastidia, tal vez se deba a que cuando desperté me sentía cansada, tenía pocos deseos de venir a la escuela. En verdad nunca falto, a menos que me esté muriendo, así que a eso de las 5:30 a.m. ya había decidido que un virus estomacal me atacaría, para justificar la ausencia. Estaba pensando a quién llamar para avisar sobre mi «enfermedad» cuando sonó el teléfono. El sonido de ese aparato antes de levantarme

siempre me asusta. Era Mirna: «Claudia, disculpa, Francisco amaneció enfermo, no creo que pueda ir a clase. Porfa, avisa en la dirección, mete mis niños al salón y les pones los ejercicios de la página 25…». No escuché nada más, un sentimiento de derrota me invadió. Mirna había sido más rápida que yo.

Como un gesto de cariño hacia mí misma decidí tomar las cosas con calma. Me bañé, me lavé el cabello y decidí desayunar fuera de casa. Sí, un rico y cremoso café de panadería. La parsimonia con que ejecuté cada uno de estos actos sirvió para darme cuenta de que los minutos empleados no fueron muchos más que los que utilizo cuando salgo corriendo, termino de peinarme en las escaleras y bebo el café a sorbos accidentados dentro del carro.

Hace un calor insoportable. Alzo mi vista y veo de nuevo la mariposa. Ésta atraviesa con éxito el campo de juego de los lanzadores de semillas; sin embargo, hace que, de alguna manera, el vector de la trayectoria de lanzamiento se altere.

De pronto siento el cosquilleo de una gota tibia que resbala debajo de mi ceja izquierda. Como un acto reflejo, paso mi mano para secarme el sudor. Observo mis dedos: ¡no es sudor, es sangre! Comienzo a sentir una punzada en mi frente, algo taladra mi cerebro. Entro en pánico. Soy la maestra con carro, la que conoce al doctor de emergencia.

Entonces la cantina, el patio, los rostros de presentes y ausentes comienzan a desfilar frente a mí. Todo se nubla, tengo ganas de vomitar… Unas maestras se acercan corriendo. Maura y Susana señalan a un joven de sexto como culpable, éste asegura gritando que no fue. Mis alumnos me rodean y lloran, nadie sabe qué hacer. Lo último que logro ver con nitidez es una mariposa que aletea cerca de mi rostro y el almendrón que sube hasta las nubes.

En el País de las Maravillas

Un momento más tarde, Alicia se metía también
en la madriguera, sin pararse a considerar
cómo se las arreglaría después para salir

LEWIS CARROL

Trato de abrir los ojos, siento que los abro tanto como puedo; sin embargo, sólo percibo algo de luz a través de las gasas que me colocaron después de la operación. Santiago me trajo a casa, subió conmigo en el ascensor pero me dejó en la entrada del apartamento. «Disculpa, ya sabes, he perdido la mañana completa…». «No te preocupes, no hay problema, sólo voy hasta el cuarto y espero a que llegues, creo que voy a dormir. Me siento cansada». «Bien». Siento el roce de sus labios en mi rostro, no llega a ser un beso… Entro, cierro la puerta y todo se hace un poco más oscuro y fresco; así es mi casa: un refugio.

Avanzo un poco, me agarro, tal vez con demasiada fuerza, a la vitrina del comedor, a la mesa, a las sillas. Creo que Santiago no botó la basura esta mañana como le pedí, ese olor característico entre dulce, amargo y ácido me hace dudar por un momento si seguir hacia el cuarto. Me gustaría deshacerme de esa bolsa. No vale la pena, para qué dármelas de autosuficiente; que lo haga él cuando venga. Continúo, arrastrando los pies, tropiezo. Algo, tal vez un maletín o una caja fuera de lugar, me hacen caer. No logro siquiera adivinar qué es o quién pudo colocar ese objeto atravesado allí, a esa pequeña distancia entre el comedor y el pasillo que lleva a los cuartos. Me

levanto algo aturdida, más que por el golpe, por esa impresión de sentirme minusválida. Detesto esa sensación.

Llego a la pared del pasillo. Estoy cerca del baño —al menos éste sí huele a limpio—. El aroma a desinfectante me agrada. Eso sí sé que lo hago bien, el baño y la cocina siempre están impecables, por eso el olor de la basura me molestó. Camino un poco más y sé que estoy cerca del estudio porque percibo una corriente de aire a mi izquierda. Un aroma de tierra húmeda parece anunciar lluvia. Quizás deba cerrar esa ventana; qué más da, qué importa que entre agua, todo está calculado para que en caso de algún descuido, no llegue a la mesa ni a los libros; hoy tengo excusa para no hacer nada, además, comienzo a sentirme mal. Pronto estaré en mi cama y dormiré todas la horas que sean necesarias, quizás cuando despierte ya pueda quitarme la gasa de los ojos. El pasillo comienza a hacerse interminable, sé que a la derecha tiene que estar mi cuarto, pero la pared sigue y no llego al dintel de la puerta. Santiago debió entrar conmigo. ¿Qué le costaba? ¿Un minuto? Debió acompañarme al cuarto, esperar que me acostara. ¿Por qué no insistí? Siempre es igual, ya no importa.

El pasillo sigue prolongándose, tengo la impresión de que no estoy en casa. «No te quites las gasas hasta mañana, los ojos son muy delicados, cualquier cosa puede producir una infección…». Lo siento doctor Suárez, pero voy a tener que quitarme las gasas. Si en los próximos tres pasos mi mano no llega a una nueva puerta voy a tener que hacerlo. Doy tres pasos más, palpo la pared con ambas manos, no puede ser que no encuentre nada. Siento algo de náuseas. Levanto la gasa de mi ojo izquierdo y siento que voy a caer: no hay nada, ni cuarto, ni pared, ni oscuro, ni claro, nada. Bajo mis pies sólo hay un vacío interminable.

El traje nuevo del emperador

> ¡Pero si no lleva nada!, gritó al fin el pueblo entero. Aquello inquietó al emperador, pues sabía que el pueblo tenía razón; mas pensó: «Hay que aguantar hasta el fin».
>
> HANS CRISTIAN ANDERSEN

No puedo creerlo. Yo, la recatada Maritza, la intelectual Maritza, la boba Maritza, paseando esta madrugada de noviembre por una calle de Atlanta sin más ropa que este abrigo prestado y unos zapatos de tacón.

El ruido de la manifestación pasó. Junto a otros que andan por ahí en parejas, pertenezco a los restos de una de las más grandes demostraciones en pro de la libertad sexual que se ha dado en esta ciudad del Sur.

Ellos creían que no era capaz, yo misma no estaba segura, sin embargo aquí estoy. Me quité los lentes, maquillé mi rostro, me puse el abrigo y a la calle.

Hace sólo dos meses estábamos en el apartamento de Ana, en Venezuela. Conversábamos sobre lo que puede hacer o no una persona en diferentes situaciones. Ana comentó aquel lugar común sobre el efecto de las máscaras y el carnaval. Creo que fue Marcos el que mencionó una película, esa en la que un ejecutivo exitoso que odiaba a su esposa, no era capaz ni de alzarle la voz por no perder la compostura; sin embargo, en otro contexto, en un burdel cualquiera asesinó a una prostituta sin razón aparente. Pedro aseguraba que todo eso era ficción. Recuerdo que dijo: «Hay cosas que son parte del carácter de las personas, no se alteran, independientemente del contexto en que se encuentren».

Yo escuchaba con poco interés, hasta un poco fastidiada. Entonces, como para reafirmar lo dicho, Pedro continuó:

—Fíjense en Maritza —ahí sí volteé para prestar atención, se estaban metiendo conmigo—. Ella es como es, no la imagino ni siquiera en Ocumare bailando tambores en traje de baño. Puedo ver a Ana, todos conocemos su trayectoria, ¡pero a Maritza...!

Todos rieron, no sé si de mí, de Ana, o de imaginarse a cualquiera de las dos en una situación determinada. Lo que sí puedo asegurar es que algo me incomodó.

Yo siempre la chica modelo, la que se porta bien, la que estudia, la que trabaja. No estaba descontenta con mi vida. Yo la elegí. Es sólo que a veces me molestaba la imagen que parecía mostrar a los demás: UNA INTELECTUAL ABURRIDA.

Queda poca gente en la calle. Durante la manifestación apenas abrí el abrigo dos o tres veces entre el alboroto y el desorden. Ahora una brisa helada roza mi rostro con fuerza, me siento bien. Estoy haciendo algo que tal vez siempre había querido hacer. No me refiero a andar con esta pinta, claro, es... es... todo junto, todo.

No me había dado cuenta de que en la acera de enfrente hay un grupo mirándome —creo que les gusto—. Uno de los hombres camina hacia mí. No contaba con esto. Comienzo a sentir miedo. Siento un calor intenso que sale de mi cuerpo, acelero el paso para dejar el grupo atrás. No quiero que nadie se acerque. Cuidado, Maritza, tranquila, levanta el rostro. «Todo menos perder el *glamour*» —como decía aquella jefa del ministerio—. Espero que ese hombre no me hable, además, ¿qué voy a decir? Mi acento en inglés es terrible. Pondré la cara más seria que pueda, le diré que tengo una cita, saldré corriendo.

Mientras decido, mis pies se enredan en una alcantarilla, ¡estos tacones del coño…!, ya me veo en el suelo desnuda y con tacones —el ridículo total—. Sin embargo logro dar tres brinquitos en un pie y dos con el otro, hasta que consigo aterrizar con los pies juntos y en posición vertical. Por supuesto, sin nada de *glamour,* lo sé, pero dejo atrás la alcantarilla, que es lo realmente importante.

Ni loca volteo, imagino que los de la acera de enfrente me vieron y se ríen de mí. No importa, sigo feliz ante mi nuevo logro atlético. El hombre pasa de largo. Respiro hondo y una vez más la brisa fría de la noche me reconforta.

Orfeo y Eurídice en los Campos Eliseos

Orfeo dudó por un momento y, lleno de impaciencia, giró la cabeza para comprobar si Eurídice le seguía. Y en ese mismo momento vio cómo su amada se convertía en una columna de humo que él trató inútilmente de apresar entre sus brazos mientras gritaba preso de la desesperación.

Mito griego

A la muerte de Orfeo éste, como era de esperarse, fue a buscar a su amada en los Campos Eliseos.

ORFEO: ¡Eurídice! ¡Eurídice!

EURÍDICE: ¿Qué haces aquí Orfeo? No me dirás que vienes de nuevo a buscarme. No imagino tanta influencia entre los dioses.

ORFEO: Imaginé que estarías alegre de verme.

EURÍDICE: No me has respondido. ¿Qué haces aquí?

ORFEO: He muerto, fui despedazado por las bacantes.

EURÍDICE: Lo lamento, ¿fue doloroso?

ORFEO: Para ser sincero, sólo la primera pedrada, luego me desmayé y no sé muy bien qué pasó. ¿Por qué los seres se dejarán atrapar por las pasiones destructivas? ¿Acaso no es suficiente una sola herida del puñal o la flecha, o una única frase en el momento oportuno para causar el efecto deseado? No comprendo el porqué del ensañamiento, de la insistencia, a la que todos somos propensos.

EURÍDICE: Cuando te dejé eras poeta, ahora pareces filósofo.

ORFEO: Cuando te perdí por segunda vez se operaron en mí muchos cambios…

EURÍDICE: Eso escuché, hasta aquí llegaron rumores de tus nuevas tendencias…

ORFEO: Eurídice, no creas siempre todo lo que escuchas, sabes bien que el rumor crea nuevas verdades basadas en la mentira. Cree en lo que ves y en lo que digo. Eurídice, no te imaginas lo que sentí cuando caías al abismo por mi culpa, perdí la razón. Eso es más de lo que un hombre puede soportar. Quise lanzarme para estar junto a ti, pero los dioses me lo impidieron.

EURÍDICE: Orfeo, mi querido Orfeo, siempre el centro de todo…

ORFEO: Amada, siento un ligero tono de ironía en tu voz, ¿qué ocurre?

EURÍDICE: ¡Ah!, ahora sí veo que has cambiado, creo es la primera vez que reconoces un tono diferente al que viene de tu lira.

ORFEO: Me causas temor, ahora soy yo quien no te reconoce. Este inframundo te ha vuelto dura. ¿A qué clase de sufrimiento te has visto sometida? ¿Ha sido tan larga mi ausencia?

EURÍDICE: ¿Lo ves? Tú y tu ausencia deben ser el centro.

ORFEO: ¿Qué quieres decir?

EURÍDICE: No me reconoces porque nunca me conociste. Sólo sabes de mí lo que has querido ver, lo que tu propio deseo espera.

ORFEO: Explícate.

EURÍDICE: Está bien. Vamos a ver, Orfeo, ¿quién soy?

ORFEO: ¿Cómo que quién eres? Eres Eurídice, mi esposa, mi amada esposa.

EURÍDICE: ¿Lo ves? Soy tu esposa, eso es lo que tú quieres que sea, pero en verdad, ¿quién soy?

ORFEO: ¿A dónde quieres llegar?

EURÍDICE: A ninguna parte, no hay punto de llegada, no es un juego. Orfeo, ¿alguna vez imaginaste nuestra vida juntos?

ORFEO: Muchas veces… Te imaginaba junto a mí en nuestro lecho, en las mañanas al despertar…

EURÍDICE: No sigas, sé cómo te imaginabas todo, déjame seguir. Soñabas con una mujer en tu lecho capaz de saciar tu sed. Una mujer dulce, atenta, que escuchara tus cantos y fuera capaz de llorar de emoción al oírlos.

ORFEO: Sí, sí, Eurídice, tú eras esa mujer, pocas pueden comprender la poesía como tú.

EURÍDICE: Orfeo, Orfeo… Te contaré mi historia.

Como recuerdas, vivía en la casa de mis padres. Fui educada en las letras y en las artes, llevaba una existencia apacible y tranquila hasta que tú llegaste. Al escuchar tu lira y los poemas que salían de tu boca, conquistaste mi corazón. Te creí único, te amé.

Te ofrecí mis versos, versos que nunca había osado descubrir a nadie; traté de que escucharas y compartir contigo las canciones que susurraban las musas a

mi oído pero sólo me mirabas, no me escuchabas.
Tus canciones, que en un primer momento me parecieron hermosas, comenzaron a sonarme huecas.
Estos pensamientos rondaban por mi mente, pero me negaba a creerlo. Todo se aclaró el día de nuestra boda. Las chispas de la antorcha de Himeneo opacaban tu voz, la situación era tensa y observé tu rostro; no olvidaré esa terrible expresión, en ese momento lo comprendí todo, un rayo atravesó mi corazón. Entendí que mi vida junto a ti sería una soledad prolongada al infinito.

ORFEO: Eurídice, ¿qué dices? Yo te amaba, vine a buscarte al Hades, hice lo que ningún hombre había hecho…

EURÍDICE: Lo que viniste a buscar al Hades no fue a tu amada, fue a tu público, tu auditorio particular.

ORFEO: Eurídice, de nuevo me asustas…

EURÍDICE: Te niegas a ver la verdad… Recuerda Orfeo, recuerda... ¿Por qué volviste la vista?

ORFEO: Necesitaba verte, estábamos cerca de la tierra, temí por ti…

EURÍDICE: Orfeo… ¿qué pasa?, recuerda… Volviste tus ojos porque no podías entender por qué me había zafado de tu mano.

Las trinitarias y Barba Azul

I

Vamos a suponer que un día vienes escuchas en boca de alguien de otro país una frase como: «¡Qué bellas están esas bugambillas!», y preguntas: «¿Cuáles son?», y tu amiga te las señala. Entonces te das cuentas que las famosas bugambillas de los jardines, ésas de las que has leído en no sabes cuántos libros, son en realidad las trinitarias. ¡Sí, las trinitarias, las silvestres y comunes trinitarias que te han acompañado toda la vida!

En alguna oportunidad te tomaste la molestia de buscar «buganvilla» en el *Pequeño Larousse Ilustrado* y habías encontrado: «BUGAMBILLA *s.f.* Mex. Buganvilla». Así que se te exige continuar la búsqueda: «BUGANVILLA *s.f.*…». Y toda una explicación del origen americano de la flor y cómo la llaman los científicos. No seguiste con el diccionario porque se te iba a olvidar lo que estabas leyendo originalmente. Mejor continuar como siempre, continuar aunque no se entienda mucho.

Alguna vez imaginaste unas flores frondosas, un arbusto parecido a la rosa, algo muy europeo, mejor si era francés, no sé por qué. Ni siquiera la aclaratoria de «Planta trepadora originaria de América» pudo ayudarte a tener una idea más clara.

Entonces la frase de tu amiga develó un misterio y a partir de entonces leer «los jardines de buganvillas…» no fue como antes. Y sientes hasta nostalgia.

II

Ahora imagina otro descubrimiento literario. Eres una mujer cualquiera que le está leyendo un cuento a su hijo y de pronto descubres lo que quería decir una metáfora que ha estado ahí en todos los ambientes del mundo por años, siglos quizás. O mejor dicho, descubres que en un cuento de hadas, una frase que allí aparece no es parte de la fantasía, sino una metáfora ¿No es maravilloso? Una metáfora esperando oculta que digan *qué es,* como una adivinanza (y te acuerdas de Rodari). Bueno, imagina entonces que eres esa mamá y estás leyendo *Barba Azul* y dices:

> Pensó que iba a morirse al ver aquello, y la llave del gabinete, que acababa de retirar de la cerradura, se le cayó al suelo. Luego de reponerse un poco recogió la llave, cerró la puerta y subió a su habitación para descansar un poco, pero no pudo lograrlo.

Entonces te llega aquella asociación. Recuerdas que una vez, limpiando y ordenando encontraste algo de una persona a quien realmente quieres y, al igual que la esposa de Barba Azul, nunca lo hubieras querido descubrir. Al ver-leer-oler aquello sentiste ese nudo que se le atasca a uno en la garganta, y tu corazón comenzó a latir más fuerte. Exactamente, en ese momento descubriste un secreto. No tiene que ser un crimen, puede ser sólo algo muy privado, un simple desliz, una cuenta bancaria o

algo que lo avergüence: un verdadero secreto. Todo esto lo percibes en fracciones de segundo. A la velocidad de un recuerdo, y sigues leyendo el cuento:

> Como viera que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la secó dos o tres veces, pero la sangre no desaparecía. Por más que la lavó y frotó con jabón y piedra, siempre quedaba sangre, porque la llave estaba encantada y no había manera de limpiarla totalmente: cuando quitaba la sangre de un lado reaparecía del otro.

¡Ajá!, de eso se trata lo de la sangre en la llave. Esa es la respuesta: una vez que lo sabes, ya no puedes disimular. De alguna manera, siempre se te sale por algún lado. Eres como la esposa de Barba Azul que nunca tiene nombre propio: irremediablemente «se te nota» cuando tratas de ocultar algo.

La otra persona, que pudiera ser tu esposo, tal vez se te acerque y pregunte: «¿Qué te pasa?», y vienes y dices «nada». Entonces el otro sabe que realmente pasa algo, y además sospecha, intuye que descubriste algo. ¡Qué complicado!

¿Qué puedes hacer? Hay varias alternativas:

a) No dices nada. Te repites y le repites una y otra vez «no pasa nada», mientras el otro se muere por saber qué coño ocurre. Hasta que un día se te acumula el secreto y éste estalla y los pedazos de secreto se riegan por todas partes y destruyen todo lo que alcanzan.

b) Le dices de una vez que lo descubriste, que ahora no puedes verlo de la misma forma. «Eso» que ahora sabes, no lo puedes aceptar y haces como la esposa de Barba Azul: lloras, peleas, discutes, llamas a tu familia.

c) Le dices que descubriste su secreto, aunque no te hubiera gustado saberlo, que esperas que eso no signifique

mayor cosa con respecto a la relación que mantienen. La lealtad y la solidaridad son más importantes que cualquier otra cosa.

Pero, ¿qué crees que realmente pasa al final? Lo sabes. La historia de Barba Azul se repite:

> En aquel momento golpearon con tanta fuerza la puerta, que Barba Azul se detuvo. Abrieron y entraron dos caballeros, quienes desnudando las espadas corrieron hacia donde estaba aquel hombre, que reconoció a los dos hermanos de su mujer, el uno perteneciente a un regimiento de dragones y el otro mosquetero; y al verles trató de escapar. Lo persiguieron tan de cerca ambos hermanos, que lo alcanzaron antes que hubiese podido llegar a la plataforma, le atravesaron el cuerpo con sus espadas y le dejaron muerto.

Siempre, siempre en una relación hay una mentira, un error, un desliz, una debilidad... algo que ocultar y siempre hay alguien dispuesto a descubrirlo. Por supuesto que no justifico al malvado asesino. Recuerda que sólo estamos hablando de cómo comprendiste el significado de una metáfora, una que quizás ya todos sabían, pero para ti fue una verdadera epifanía.

En fin, tú te ves como perfecta: eres un libro abierto, sin nada que ocultar, ni siquiera una metáfora. El otro: el malo del cuento. Entonces, lo más probable es que ejecutes una combinación de las alternativas a) y b). Es decir: lo supiste, se lo dijiste y cada vez que hay oportunidad, le recuerdas su imperfección. Es como terminar asediado y condenado, igual que el famoso villano. ¡Se lo merece!

¿Y las trinitarias-bugambillas? Bueno, ésas son las que estaban en el jardín de Barba Azul y su mujer. En tu jardín. Su belleza y sencillez reflejan la felicidad del hogar.

Segunda parte

...un montón de mujeres. Mujeres
de fuego, mujeres de nieve.

Silvio Rodríguez

La realidad perdida

Si discutían de política, ella se alejaba, no soportaba cuando alzaban la voz y se agredían. Claro que pensaba que los hombres son como unos cachorros que necesitan luchar un poco para divertirse. Sabía que era así, pero igual le desagradaba. ¿Acaso los hombres no entienden que si en uno mismo existen miles de realidades, entonces entre dos personas diferentes deberá haber no menos de dos mil?

Ella lo sabía, sabía que existen muchas realidades pero no estaba muy segura de cuáles le pertenecían.

Una era la que salía en la televisión, en la propaganda de pasta de dientes donde cada miembro de la familia «quiere aliento fresco» para realizar sus actividades personales:

—papá tenía un nuevo trabajo,

—el hijo mayor una nueva novia, y

—la pequeña un nuevo diente.

Pero ella, la mamá del anuncio, tiene una necesidad más sencilla. La de siempre: que todos los miembros de su clan luzcan perfectos. ¡Se sentía tan identificada!

Había también otras realidades que la rodeaban, como por ejemplo el color justo del guiso y la ensalada para que luzcan apetitosos, o el truco para hacer desaparecer el moho del baño, o la satisfacción que se siente cuando terminamos de lavar toda la ropa, los niños cenaron y están bañados y listos para dormir.

Existía además otra realidad, la de la cama. La de la intimidad. Esa era la más dura, o la que más le costaba comprender, la más lejana, o tal vez era de aquellas que no le pertenecían.

La beata

En el pueblo donde nací había una vieja beata. Era viuda y tenía cuatro hijos, que se llevaban entre sí no más de un año. Como buena católica, nunca usó anticonceptivos y su único método de control natal resultó ser la muerte de su esposo.

Todos los domingos iba a misa y llevaba a su prole. Era un espectáculo ver cómo se dirigían hacia el altar las cinco figuras a la hora de la comunión. A una señal de la madre el más pequeño comenzaba a desfilar con su rostro infantil apuntando al suelo y sus manitos juntas. Lo seguían una niña con idéntico gesto, una adolescente con aire de fastidio, un joven erguido con actitud de seminarista y cerraba el cortejo la madre con su vestido oscuro que nos mostraba a gritos ser el destinado a la reunión dominical.

Quizás a partir de la observación de esta santa comenzó mi disgusto por las personas perfectas. Era como un insulto a mi imperfección y mi deseo de ser buena. Lo cierto es que nuestra beata era una especie de atracción turística en misa. Si llegaba alguien de otro pueblo, a la hora de impartir el sacramento, su pariente le golpeaba con el codo y le decía: «ahora verás cuando salga...».

Era imposible que pasaran inadvertidos, cualquiera de los presentes debía dedicarles al menos unos segundos. Aquella mujer se exhibía orgullosa junto a sus

obedientes vástagos. Quería ser ejemplo viviente para el resto del pueblo. Sí, un ejemplo para esas personas impías, poco preocupadas de la Gracia Divina, «inmersas en sus quehaceres mundanos».

Cada sábado nuestra beata iba al pueblo vecino a visitar a los enfermos y a los presos, como manda la Santa Madre Iglesia. Iba con el cura que se dedicaba a dar misa y administrar los santos sacramentos en colaboración con el sacerdote de esa localidad. Nuestra beata era generosa, sin distinción de raza ni condición social. Visitaba tanto el hospicio de los pobres como la pequeña clínica de los ricos, y a todos daba consuelo. En la clínica de los ricos, familiares y enfermos la adoraban y veneraban. «Cuando muera, irá al cielo con zapatos y todo», decían.

Imagínense que confiaban tanto en ella, que le daban en custodia sus joyas y cosas de valor mientras permanecía en aquella casa de salud: «No vaya a ser que aquí una de estas enfermeras... Tú sabes...». Así era de confiable nuestra beata y todos conocemos «el buen ojo» de aquellos que tienen bienes de fortuna.

Nadie sabía exactamente de qué vivía, ya que si bien recibía la pensión de su marido, todos sabemos que una pensión de sobreviviente del Seguro Social no alcanza para una persona, mucho menos para una familia completa. Cuando algún entrometido o generoso le preguntaba cómo hacía, ella siempre respondía: «Dios aprieta pero no ahorca». Y cuando la cuenta de la bodega se extendía un poco y el dueño demandaba al menos un adelanto, hacía de nuevo uso de sus sabios refranes religiosos y contestaba:

«No se preocupe mijo, Dios proveerá». Y así era; efectivamente, Dios proveía porque a la semana siguiente, la santa cancelaba sus deudas y dejaba un pequeño abono.

«¿Será que el marido le dejó una herencia y no sabemos?», «Seguro que esa tiene dinero bajo el colchón», «Ustedes son todos unos malintencionados. Dios acompaña a esa señora y no la deja desamparada». Con esta frase terminaba la discusión sobre el asunto.

Así pasaban los días en el pueblo de mi primera infancia, uno después del otro, sin mayores sobresaltos. Pocos cambios, mucho polvo, calor y lluvia. Lo único que generaba cierta alteración en el ambiente era un sutil comentario entre los habitantes del pueblo vecino. Allí ocurría algo curioso: la mayoría de las muertes de la pequeña clínica privada ocurrían los sábados, poco antes de concluir las consabidas visitas religiosas. El hecho generaba algo de incomodidad, sobre todo entre los pobres, quienes murmuraban que de nuevo Dios mostraba sus preferencias. A los ricos no sólo les daba las mejores tierras y multiplicaba su dinero, sino que a la hora de su muerte la beata se encontraba allí, para rezar y dar consuelo en sus funerales. Esta suerte no la tenían los más humildes, que morían cualquier día de la semana.

Una zanahoria descongelada

Vio su nombre en la portada de un libro e instintivamente lo acarició. Recordó cierta frase que alguna vez le dijera y cómo pasaba horas revisando los anaqueles del establecimiento. No dejaba de llevarse al menos un título cada dos semanas. Él le había mostrado algunos de sus trabajos, así que no le extrañó ver su nombre en blanco y negro entre las últimas novedades. Habían pasado ya casi tres años.

Nunca volvieron a verse ni hablarse. El no tener noticias contribuyó a seguir con su vida en paz. Pero ahora aquel nombre se repetía en el lomo y la portada de los libros. No había salida, recordar era obligatorio.

La historia no era nada original. Ella en la caja recibía su pago y él le sonreía. Un día Teresa se atrevió a comentarle: «Ese texto me encanta». A él le sorprendió gratamente que la cajera de la librería tuviera alguna idea de *El susurro del lenguaje* de Barthes. A partir de ahí siempre le consultaba antes de comprar. Después comenzó a llegar casi a la hora de cerrar para quedarse a solas hablando con ella. Otro día la acompañó hasta el metro y al día siguiente, después de un café, hasta el hotel.

En una oportunidad él le comentó «me gusta tu estilo» y Teresa sonrió y casi se derrite. Otro día le dijo «eres encantadora» y le entregó algo que había escrito

para ella. Como diría el amigo Aquiles Nazoa: «¿Quién con un regalo tan bueno no enamora inmediatamente a una muchacha?».

Pero así como empezaron a salir, él comenzó a mostrar menos interés: dejó de acompañarla hasta el metro, ya no llegaba a la hora de cerrar, no había caminatas hasta el café.

Teresa lo llamó:

—¿Estás ocupado?, si no tienes tiempo podemos buscar un espacio, yo…

—Teresa, es difícil de explicar, eres una mujer maravillosa, pero el problema no es de tiempo sino de «tiempos». Creo que tú estás en otra cosa y yo no puedo seguir tu ritmo.

Al otro lado de la línea ella quedó petrificada.

—¿Qué te pasa?, tal vez deberíamos conversar frente a frente, no sé... Creo que no merezco esto, así...

—No se trata de que lo merezcas. Disculpa, me da pena contigo...

—Está bien, ya entendí, no te preocupes, no te voy a molestar. No te llamaré, pero por favor no vuelvas a la librería.

—Entiendo. Y… de verdad, discúlpame, no quería que te sintieras mal; yo… bueno...

Trató de decir algo, pero no había ya nada que ella quisiera escuchar.

«Ay desamor, negro desamor, feroz desamor…» se escuchó por unas semanas a Serrat en las cornetas de la computadora de Teresa… Ella se preguntaba qué había hecho mal, en qué había fallado. Qué no hizo. Qué lo obligó a no continuar. En fin, vivió su despecho como pudo y como la mayoría de los mortales siguió adelante.

Mientras no supo de él, funcionó bien: trabajaba, comía, iba a una fiesta de vez en cuando, salía con amigos.

Incluso desde hacía algunos meses «estaba» con otro chico. Sin embargo, con esta reaparición, aunque fuera en forma de libro, sentía deseos de «cerrar bien el asunto», decirle unas cuantas cosas que había preparado por si él decidía llamar o aparecer de nuevo.

—¿Te fijaste? Este autor tiene el mismo nombre del tipo aquel que venía por aquí. ¿No era el que salía contigo? —comentó un compañero.

—Sí —dijo ella. ¡Claro que se había fijado!

Salvador, el dueño de la librería, se acercó.

—¡Qué bueno! Él era un cliente interesante. Voy a llamar a la editorial, tal vez pueda venir aquí. Así le hacemos una presentación y firma libros. Sería tremenda promoción; además, es de la casa. No va a decir que no.

Miró a la joven, iba a decir algo más pero se detuvo, no quería ser indiscreto.

El viejo quería a Teresa, llevaba años trabajando para él. Sin embargo, el negocio era el negocio. Teresa no dijo nada, respiró profundo y fue dejando escapar el aire de sus pulmones poco a poco, con disimulo.

De su cerebro hacia fuera estaba claro que no podía hacerse ilusiones. Él había sido el perfecto «coño'e madre». Pero por dentro, en otro lugar de esa misma cabeza, en un lugar súper escondido, imposible de llegar de forma del todo consciente, se imaginaba otra vez conversando con él en un café del bulevar.

El dueño de la librería les informó a todos que el autor había aceptado gustoso la invitación para la presentación. Era su primer libro y conocía la importancia de aparecer en público. En la librería se prepararon volantes para los clientes:

LA LIBRERÍA ABRAPALABRA
Y LA EDITORIAL TIOC-TIOC
TIENEN EL GUSTO DE INVITARLO A LA PRESENTACIÓN
DEL LIBRO
BARTHES, UNA RELECTURA
DE
RUBÉN MENDOZA
VIERNES 23 DE MAYO
HORA: 6:30 PM

Llegó el día. Rubén no la había llamado, ni siquiera se había acercado para ver cómo estaba. Nada. Ella tampoco lo llamó. Se moría por hacerlo, pero no quería parecer ansiosa. Lo disculpó, como era su costumbre. Tal vez él creía que ya no trabajaba allí. O quizás sentía vergüenza.

Salvador se encargó de organizarlo todo con la editorial. Lo cierto es que era viernes 23 de mayo y faltaban pocos minutos para las 6:30. Había ensayado mentalmente lo que le iba a decir cuando se le acercara: lo saludaría de forma trivial pero íntima, aunque no demasiado. Escogió cuidadosamente cada una de sus prendas de vestir. «Quizás, después de la presentación, Rubén me invite a tomar algo. Por los viejos tiempos». Le aceptaría sólo un café o una copa de vino. No le haría reproche alguno, para qué, pero tampoco lo dejaría ir más allá. Aunque en ese lugar súper escondido de la conciencia-inconciencia deseara lo contrario.

Facilitaba el reencuentro el hecho de que su nuevo compañero no iba a las presentaciones que se hacían en el local. «Tanto ego inflado me fastidia», decía cuando se refería a algunos escritores.

Por fin llegó Bermúdez, el representante de la editorial y preguntó si Rubén Mendoza ya se encontraba:

—Quedamos en vernos aquí temprano, antes de que comenzara a llegar el público. No entiendo, ya han pasado más de diez minutos. No se preocupen —dijo nervioso a los que lo rodeaban, pero en realidad era para calmarse él mismo—. Debe estar por llegar, ya envié a alguien a buscarlo.

Luego, dirigiéndose al dueño de la librería, comentó:

—Buenas tardes, señor Salvador, ya veo que todo está dispuesto. Vamos entonces a hacerlo como acordamos. Usted da la bienvenida. Luego yo digo unas palabras... Hablaré poco, por supuesto, ya que Hermes, buen amigo del autor, es quien hará realmente la presentación del libro, conversación con el autor y finalmente usted invitará al brindis.

El editor miraba la puerta y se frotaba las manos

—¡Ah, por fin! ¡Aquí llega el hombre!

Teresa pensó que había sido una mala idea estar ahí. Estaba entre nerviosa y emocionada. Odiaba sentirse así. Lo que más deseaba era no sentir. No sentir absolutamente nada hubiera sido perfecto, pero a estas alturas lo mejor era controlarse. Si al menos supiera qué sentía él. Cuando el editor mencionó su llegada, se asustó y se retiró al baño para calmarse. No le pareció correcto salir a su encuentro de inmediato. No quería dar la impresión de que lo estaba esperando.

Al salir del baño comenzó a buscarlo entre los asistentes, pero no lograba ubicarlo. La gente estaba comenzando a llegar y se aglomeraba en la puerta. Se saludaban con abrazos y expresiones eufóricas. Los tradicionales reencuentros, de los mismos, en todas partes.

En su búsqueda se cruzó con el representante de la editorial, que conversaba con otro hombre. Ella saludó al editor con cortesía:

—Señor Bermúdez, ¿cómo está? Qué gusto verlo.

Bermúdez la saludó e hizo un gesto con la mano izquierda para introducir al hombre que lo acompañaba:

—Teresa, ¿cómo está? Qué bien prepararon la librería, está llegando más gente.

—Sí, le hicimos bastante promoción a la presentación.

—¡Ah, disculpe! ¿conoce al autor? Le presento a Rubén Mendoza.

Ella miró al hombre que le presentaban, sonrió nerviosa y extendió su mano. Ni siquiera pudo abrir la boca. Sencillamente, no podía decir nada. Todo lo que había practicado había sido en vano: ¡no era él! ¡No era «su» Rubén Mendoza! Por suerte, en ese instante el señor Salvador se acercó al trío y comentó de forma efusiva:

—¿Vieron la cantidad de gente que está llegando? —y luego hacia Mendoza—: Va a tener que preparar bien esa pluma...

Teresa se retiró del grupo suavemente y fue directo al fondo de la librería, donde los mesoneros se encontraban acomodando los pasapalos. Desde allí veía a la pequeña multitud como si estuvieran en otra dimensión. Trataba de reponerse de la sorpresa. De pronto, después de un largo suspiro, se dio cuenta de que no tenía sentido toda esa carga que llevaba encima. Era ella quien no terminaba de cerrar el capítulo. Era ella quien había colocado sus sentimientos en un congelador para volverlos a usar cuando se presentara la ocasión. Pero ahora, al sacarlos a la intemperie se habían convertido en algo inútil.

Exacto: eso que hasta ahora había estado guardando por el bobo de Rubén, se había transformado en una zanahoria descongelada. Sí, como esa zanahoria que aún conserva su color, pero que al tocarla es blanda y elástica. No cruje cuando la cortas o la muerdes. Y una zanaho-

ria que no cruje, es una zanahoria que ya no es divertida. No sirve.

Pensó: «Perfecto. Después de tres años, finalmente terminé con el tipo, sin haberlo visto. En fin, más vale tarde que nunca». Sonrió satisfecha, respiró profundo de nuevo y se relajó.

Esa noche, a la hora del brindis, en contra de todas sus costumbres, bebería tanto vino como le fuera posible.

Cervezas confesionales

Usted que pertenece a una época sin prejuicios, tal vez me encuentre menos culpable de lo que yo misma

George Sand

—No entiendo por qué te torturas tanto, simplemente no puedes decirle nada a Ernesto y ya. Si lo quieres y él te quiere, no debes decirle nada. Le harás daño a él y te lo harás tú misma.

—Yo no puedo vivir así, me voy a volver loca. Es una hipocresía.

—Deja que las cosas sigan su camino. Ya se fue. Asume en silencio tu barranco, muérete de tristeza pero no hables. ¿Qué es lo que quieres? ¿Acaso te has planteado vivir con Marcos? ¿Lo vas a ir a buscar?

—¡No! ¡Claro que no! Es sólo que…

—Entonces, si no tienes ni quieres compromiso con ese tipo, ya pasó y no te enrolles… Lo que sientes es puro remordimiento y culpa. Si hablas, no es por lo que sientes por Ernesto sino por ese peo católico que nos inyectaron en cada misa, canto y comunión que nos tocó vivir en el colegio y en la casa.

Ambas amigas habían tomado suficiente cerveza. Amanda era quien más hablaba.

—Mira, niña, yo te conozco. Confiésate si quieres con un cura para lavar esa culpa. Eso quizás te ayude, pero no vas a ganar nada contándoselo. Al contrario, si descubre algo, niégalo todo, que te maten si es necesario, pero usted: muda.

—¿Por qué hablas así? ¿A caso tú ya no crees en nada? Ese posgrado tuyo como que era en ateísmo...

—Mira, chama —siempre decía «mira» antes de hacer una declaración que le parecía importante—, yo creo en las relaciones de pareja, pero cada día me convenzo más de que estas mismas parejas tienen derecho a funcionar como mejor les parezca.

—¿Qué cosa? Veo que hay un avance. ¡No me vas a decir que ahora sí crees en las parejas!

—Bueno, creo en las parejas que están juntas, como creo en la gente que vive sola. Lo que te quiero decir es que cada quien tiene derecho a resolver su rollo como le parece. Si a ti te funciona estar sola y te sientes bien, me parece perfecto. ¿Quién soy yo pa' decir que no, ah? Si te viene bien un tipo veinte años mayor que tú, ta' bien. Pero si a ella le funciona uno veinte años menor... pues que siga. Igualito con las normas de convivencia. Si pa' ti la fidelidad es lo más importante, si sobre ella se fundamenta todo el edificio de la relación, pues vívela. Pero que sea igual pa' los dos laos.

Tomó un trago de su jarra antes de continuar y siguió:

—Ahora, si pa' ti la relación se sustenta sobre otras bases, otras cosas... pues yo creo que la fidelidad puede llegar a ser un elemento secundario. Hay quienes dicen que «fieles son los perros», la gente es leal y solidaria.

—Eso es mentira, lo dices porque no estás casada. Tú no aguantarías...

—Mira, no estoy casada, pero tengo a alguien por ahí...

—¡Ajá! ¡¿Y cuándo me lo ibas a decir?! Eres una...!

—Déjame terminar —Amanda sonrió, hizo un paréntesis y cambió el tono de voz a uno de confidencia—.

En serio, yo creo que esta vez como que va la cosa en serio. Me gusta mucho y hay montones de cosas que... —volvió a modificar el tono a uno de declaración de principios—. Mira, yo no quiero que esta persona tenga otra pareja, que me deje embarcada porque anda por ahí con otra, o que cuando necesite su presencia esté por otro lado. Claro que no quiero eso. Quiero una pareja —subrayó con la voz esto último—, si no, me quedo como estoy. Pero si un día se encuentra con alguien y tiene algo —y movía la mano hacia los lados—, no sé... circunstancial y viene y sale, y se acabó y ya… Bueno, creo que no me importaría. Eso sí: que no me lo cuente. No tengo por qué saberlo, un poco de respeto, ¿no?

—Tú estás loca, ¿Has hablado de eso con el chico? ¿Lo conozco? ¿Realmente crees que él aceptaría que tú, alguna vez, salieras por ahí con otro?

—No sé, no lo hemos hablado. Yo creo que no comparte mucho estas ideas, es un poco posesivo, no estoy segura. Pero voy a tantear y si fijar una posición me va a generar mucho problema, entonces me callo la boca, ¿para qué decírselo?

—Tú eres una sinvergüenza, seguro que ya has salido con alguien estando con... Mira, de aquí no te vas sin decirme quién es.

—Eso no es así. Que conste en acta que me he portado bien, he sido fiel y recatada —las dos beben y se ríen—… es sólo que me fastidia la vaina. Tú y yo sabemos que no hace mucho tiempo era terrible que una chica tuviera sexo antes de casarse. Aquello era todo un rollo. Eso ya es cosa del pasado. Lo que sigue siendo terrible es eso de que alguien tenga una «salidita». El mundo te lo dice, te lo dicen todos y todo a tu alrededor. No más tienes que ver dos películas y cuatro capítulos de cualquier serie para saber que el infiel siempre es el malo y al final

será castigado. Pero en la vida real... ¡Ay mamita! Eso sí que es una hipocresía. ¡Mírate!

—No seas mala. Yo quisiera que eso no hubiera pasado.

—Pero pasó, y nadie está exento. «El que esté libre de pecado...»

—Definitivamente, yo creo que esta cerveza está adulterada.

—El problema de nosotras, o de muchas de nosotras las mujeres, es que nos enamoramos. Tú te enamoraste de ese Marcos y eso sí es otro asunto. El truco está en no enamorarse. Eso lo aprendieron los hombres hace mil años: sexo divertido sin compromiso. Por eso para ellos el asunto es diferente. El lema es: «El que se enamora, pierde».

—No, no, no, un momentito, me parece que te pasaste.

—¿Por qué? ¿No puede ser divertido?

—Yo no digo eso —y sonríe—, pero tampoco la cosa es así con cualquiera.

—Yo no digo con cualquiera, por supuesto que tiene que ser con alguien que te guste, hasta que quieras mucho, pero que sepas o que seas consciente que es hasta ahí. Lo que quiero decir es que si ya vives con alguien, decidiste que es tu pareja y la quieres conservar, entonces debes ser responsable. Si te enamoras de otra, debes tomar una decisión y las decisiones son difíciles y muchas veces dolorosas.

—La mayoría de las veces —apuntó Blanca.

—Ahora bien, otra cosa es una situación determinada, si te gustó y tal y bueno, el momento, la música, el alcohol... eso es otra cosa.

——Sí, sí. Otra cosa... —y señalando las jarras vacías—. ¿Otra cerveza?

—¡Otra cerveza! —celebró Amanda y ambas le hicieron una señal al mesonero.

—¿Desde cuándo no hablábamos, mijita?, ¿Tú trajiste carro? Porque tal vez no sea prudente que manejes.

—No, no traje carro, me iré en metro o taxi. Y tú, ¿cómo te vas?

—Ernesto pasa por mí. No hay problema, ¿sabes? Por como habla de ti, yo creo que hasta le gustas.

——¡Eso sí sería bueno! ¡Un trío! —las dos rieron—. Bueno, aún no llego a tanto, pero quién sabe...

Volvieron a reír.

La risa duró un poco más de lo normal y se prolongó después de un desfile de espontáneos por el Kareoke del restaurante.

—¿No vas a cantar hoy? —interrogó Amanda.

—No te hagas la loca, estás clara que llegó el momento de la verdad, aún no me has dicho el nombre de tu enamorado.

Amanda sonrió, esquivó un poco la mirada inquisidora de Blanca.

—La conoces.

—¿Conozco a esa persona? ¿Quién es?

—La conoces. Estudió con nosotras en la universidad.

—¡Chama! ¡Deja el misterio!

Amanda volvió a sonreír, estaba nerviosa, se notaba que le costaba lo que iba a decir.

—Es Miriam. La recuerdas, ¿verdad?

Los ojos de Blanca casi se salen de sus órbitas. Agarró el brazo de Amanda con las dos manos y la miró de frente, como para asegurarse de que no era una broma. Bebió media jarra sin respirar. Luego le sonrió y parafraseó lo dicho por su amiga unos minutos antes:

—Si pa' ti está bien, tá bien pa' mí.

Amanda no se atrevía a agregar nada. Ya lo había dicho todo durante la noche.

Blanca llenó de nuevo la jarra, alzó su brazo y dijo alegre:

—Brindemos por eso. ¡Salud!

Amanda también se sirvió y contestó:

—¡Salud!

Le agradó saber que, una vez más, Blanca no le fallaba.

—Na'guará, tremenda sorpresa. Merece que vaya a cantar con el Kareoke. Cualquier cosa, si me tambaleo, me vas a rescatar. ¿Quieres alguna canción en especial?

Amanda rió, le pareció genial la salida de su amiga.

—Canta una de las de siempre. No me hagas pasar pena.

Como conejos

Vivimos como conejos. Hacinados y llenos de crías. Tendrías que vivir aquí, en el barrio La Cruz para darte cuenta de qué hablo.

Hace como dos años vino un cura y fue a él a quien le oí eso por primera vez. Yo tenía como diez años cuando eso, pero se me quedó grabado.

Si vives aquí desde que naces y lo único que ves es lo que te rodea, difícilmente puedes imaginar que otra situación es posible. Llegas a pensar que el mundo limita al norte con la autopista, al sur con el barrio El Carmen, al este con la quebrada y al oeste con la cochinera. Pero cuando llega alguien de otra parte y dice «¡Pero si vivís como conejos!», entonces puedes llegar a pensar que algo no está bien, que hay otros que viven diferente. Es decir, que no viven como conejos.

La profe Lisbeth es del barrio. Le decimos profe, pero ella no estudió eso, se lo decimos por respeto. No nos sale decir «señora Lisbeth», ella es joven, no parece una señora, aunque tiene un hijo grande que vive en otro lado. Además ella nos enseña, así que todo el mundo le dice profe. Ella debe haber venido de otro lugar o no sé, porque no es igual a las demás mujeres de aquí. Ella no se queda en casa casi nunca, trabaja en el centro y siempre está limpia y arreglada con pocas cosas. Ella nos dice

que no importa si uno lo que tiene es una franelita y un pantaloncito, pero hay que andar limpio. Tampoco es de las que se planchan el cabello y se maquillan, no. Ella es así como natural. Eso dice mi primo: natural.

Siempre está inventando algo que hacer y buscando que nosotras hagamos algo. En frente de su casa es donde nos enseña danza a las niñas de aquí, adentro no cabemos. La práctica del cuatro sí es en su salita, porque hay que estar sentado. Ella dice que no sabe de música, pero nadie toca cuatro en el barrio como lo hace la profe Lisbeth.

Después que vino aquel cura a dar la misa para celebrar los diez años de La Cruz, comencé a darme cuenta de lo distinta que era ella. No va a misa ni tiene altares en su casa. No discute con la gente sobre eso. Sólo lo menciona cuando alguien le insiste que rece o vaya a un acto religioso, simplemente dice: «Yo no creo en eso».

Hoy no pudimos practicar. La profe está enferma y nos dijeron que por un tiempo no podremos ensayar en su casa. Dentro de un mes tenemos una presentación, será la inauguración de un centro cultural en El Carmen y aunque ya el San Juan, La Burriquita y La Llora nos quedan bien, siempre hay algo que ajustar.

Los ensayos de danza son lo único que tengo para no volverme loca. Estoy cansada. Hoy es jueves y ahora que no hubo ensayo tengo rabia y pienso: «Sí, realmente vivimos como conejos».

¿Qué voy a hacer ahora con este tiempo libre? ¿Qué voy a hacer ahora los martes y jueves por la tarde? ¿A dónde voy a ir? Mamá dice que aproveche y haga otras cosas. No quiero hacer otra cosa, no voy a preparar la comida ni ayudarla a atender a Jofre, o cambiarle los pañales a Tailín. No voy a copiar las respuestas del libro de ciencias, aunque la maestra diga que soy muy inteligente pero floja.

La profe Lisbeth tiene cáncer. Nadie nos habla directamente. Nos enteramos porque escuchamos la conversación de los adultos. Ellos hablan con libertad delante de nosotros porque es como si no existiéramos, creen que no escuchamos o que somos tontos y tontas. Tal vez es porque hay tantos niños y niñas en el barrio que es como si fuéramos igual que las piedras, los bloques o la basura. Cosas que están por ahí.

La profe Lisbeth tiene cáncer. Ya la operaron y la traen mañana a su casa. Yo voy a ir a verla como sea.

Primero la abracé y luego me senté frente a su cama. Una vecina me iba a sacar, pero ella no la dejó.

—Al contrario —dijo—, dejen que me acompañe un ratito, me hace bien ver a las niñas.

Yo sonreí. No le hablaba, sólo la miraba. Luego, en un momento que estábamos solas me dijo:

—Sujey, no te preocupes, yo me voy a poner bien. ¿Ya te dijeron lo que tengo?

Negué con la cabeza.

—Bueno, tenía un tumor en uno de mis pechos, pero ya me lo quitaron. Ahora tengo que seguir un tratamiento y cuidarme mucho. Pero vas a ver que dentro de poco voy a estar fastidiándolas otra vez.

Yo me reí. Eso era lo que quería escuchar. Y continuó:

—Pero voy a necesitar tu ayuda, no podemos abandonar a las otras niñas del grupo. La presentación en El Carmen es pronto.

—¡Ajá! ¿Y cómo vamos a hacer?

Lisbeth respiró hondo.

—Tú eres una de las que se sabe mejor los pasos.

—¡Pero yo estoy en sexto grado!

—Y yo estudié hasta tercer año. ¿Qué tiene que ver?

—Profe, ellas no me van a hacer caso.

—Vamos a hacer algo. Tú tráelas a practicar como siempre. Primero entran un momentico aquí, al cuarto, para conversar, y luego vemos. ¿Te parece?

—Ta' bien.

Hicimos silencio. Ella cierra los ojos suavemente, respira y los vuelve abrir.

—Sé que es una responsabilidad muy grande y que ya tienes muchas en tu casa, pero confío en ti.

Yo la abracé. Ella confía en mí. Al final le digo:

—Tranquila profe. Usted no se preocupe que nosotras vamos a ensayar.

Hoy fue la inauguración en El Carmen.

Todo salió de maravilla. Presentamos nuestro baile, la gente nos aplaudió bastante. La profe Lisbeth vino a vernos. Tiene el coco raspao, pero se puso un pañuelo y no se le nota mucho. Está delgada, pero sigue viéndose linda. Ella fue quien más nos aplaudió, se veía emocionada.

Sabemos que se va a poner bien.

Ahora soy como su ayudante. Yo creo que cuando sea más grande voy a tener un grupo de danza en el barrio y voy a ser como la profe Lisbeth.

En el castillo de San Carlos Borromeo

A Eduardo Gasca

Tengo un fuerte dolor en el cuello. No es la primera vez que padezco de tortícolis. Este mal me aqueja por lo menos dos veces al año y haciendo memoria, creo que desde que estaba en el liceo. Es decir, desde hace más o menos cien años.

Lo que hace particular este dolor es que, a diferencia de casos anteriores, tengo plena conciencia de cómo y cuándo se originó. En otras palabras, si alguien me pregunta: «¿Y eso? ¿Qué fue? ¿Dormiste mal?» no tengo que decir simplemente: «No sé, siempre me pasa». Esta vez tengo una buena historia. Claro que a nadie le interesa, sabemos que la gente pregunta por preguntar, pero igual tengo mi historia.

Está bien, el dolor del cuello tuvo su origen cuando dormía, pero no exactamente debido a una mala posición; se relaciona más con un sueño, una pesadilla.

Estaba de vacaciones en una hermosa playa. Por supuesto, era el Caribe. Me encontraba junto a dos hombres apuestos y tan agradables como el paisaje. Ambos me adoraban, hacían todo para agradarme y no había conflicto entre ninguna de las partes. ¿Qué más se puede pedir a la vida? Mi estado de ánimo era insuperable. Nos bañábamos en la playa, jugábamos en la arena. Después de un rato decidimos ir a conocer la ciudad.

En mi sueño yo era una mujer joven, alta, delgada, de cabello largo y negro. Vestía un traje de tela liviana color crema y rosa cuya falda se movía con la brisa. Casualmente, durante el día había leído una novela en la que imaginé a uno de sus personajes tal como ahora me veía a mí misma.

Mis amigos y yo nos dirigimos a una edificación antigua. Era un fuerte construido con vista al mar, muy parecido al castillo de San Carlos Borromeo de allá de Margarita. Yo me entretuve viendo las paredes y las puertas, mientras mis dos acompañantes siguieron hacia adentro. Me encontraba delante de una entrada que tenía unas rejas oxidadas y carcomidas por el salitre, que conducían a una especie de calabozo. Era como una puerta, por ese espacio sólo cabía una persona.

Cuando me disponía a atravesar esta entrada me encontré de frente con un hombre de mediana edad, de cabello muy corto y entradas en la frente; vestía un conjunto de lino crudo y recuerdo que me pareció atractivo. El hombre estaba silbando una canción que yo conocía. Le sonreí, queriendo, como siempre, parecer simpática y además me encontraba de buen humor, por eso comencé a tararear la misma canción. El hombre se puso furioso y se abalanzó contra mí. Primero me escupió, luego me tiró al suelo y comenzó a patearme. Yo trataba de pedir auxilio, sabía que mis amigos estaban cerca y que si lograba articular un sonido, vendrían a salvarme. Pero era imposible, no podía gritar. Tirada en el piso, me abracé a las piernas de mi agresor y estaba dispuesta a morderlo pero en ese momento desperté asustada, con una terrible sensación de impotencia y con el dolor que ya les mencioné.

Han pasado más de dos semanas desde que tuve la pesadilla. A cada rato me veo obligada a voltear todo mi cuerpo cuando necesito mirar hacia los lados. No hay re-

lajante muscular que funcione, ni el famoso Lyrica, con su poético nombre.

Ya choqué una pequeña moto en un estacionamiento. No pude verla por esto de no poder girar bien el cuello. Este último acontecimiento y los innumerables consejos y recomendaciones de compañeros, vecinos y amigos me llevaron por fin al consultorio de un médico. El doctor tiene algunas teorías al respecto. Disfrutó de mi relato onírico y me mandó a hacer una resonancia magnética.

Hace más de tres horas que espero para realizarme el dichoso examen. Cuando estoy en estos lugares pienso que uno nunca se da cuenta de la cantidad de gente que se enferma y tiene accidentes. Por lo general, no existen enfermos. Si uno no los ve, no existen.

Aquí todos tienen su historia, historias con diferentes niveles de intensidad trágica y dramática. Muchos están ansiosos por contarla. Comienzan preguntándote el porqué de tu presencia y terminan relatándote cómo un taxista desconocido y coño e' madre no se fijó que aún no había terminado de montarse en el carro y acabó arrastrándolo tres metros sobre el pavimento, quebrándole las rodillas y poniendo fin a su carrera atlética. Uno escucha, es solidario y comprende que un dolor en el cuello, producto de un sueño extraño, al final no es tan malo.

Ya leí el libro que traje, hablé, escuché, dormí, hasta que por fin llega mi turno. Me entregan mi atuendo azul de algodón sin hilar: pantalón, camisa, zapatos. «Las mujeres quédense sólo con las pantaletas» y yo me quedo sólo con las pantaletas y me muero de frío con mi traje que parece de papel. Aún debo esperar en otra sala antes de llegar al lugar donde se encuentra el maravilloso-enorme-mágico-sonoro aparato Siemens el cual revelará al mundo fotografías inéditas del interior de mi cuerpo.

Un técnico bajito y bastante amable me explica que me acueste y que una vez adentro del túnel debo seguir las instrucciones que me dirá por el parlante el técnico que se encuentra del otro lado de la habitación. Él nos observa a través de un grueso cristal como si nos encontráramos dentro de una vitrina o una pecera. Cuando levanto mi vista para reconocer quién es el sujeto que me dará las órdenes mi corazón se paraliza por segundos. El técnico del micrófono es nada más y nada menos que el hombre que me atacó en el castillo de San Carlos Borromeo.

—¿Señora qué le pasa? ¿Se siente mal? —me dice el hombrecito que me acompaña—. Si es así podemos esperar para hacerle el examen.

Yo no hablo. Sólo veo a través del vidrio a mi agresor.

El minitécnico me ayuda a incorporarme y me lleva a una silla que se encuentra cerca.

—Cálmese señora, estos exámenes son rápidos, no le pasará nada. ¿Le traigo agua?

—No, gracias, no se preocupe. Yo creo que mejor vengo otro día. Hoy no voy a poder aguantar un segundo encerrada en ese bicho —y señalo la Siemens.

—Pero señora, lleva cuatro horas esperando. Si quiere sale un rato, se calma y…

Ya les había dicho que el tipo era amable, parecía realmente preocupado por mi salud, pero su insistencia comenzaba a irritarme.

—Joven, se lo agradezco, es muy delicado de su parte. Ojalá que todas las personas que atienden al público fueran como usted, pero no se preocupe. Hoy no voy a hacerme el examen. Será inútil. Yo vengo otro día.

Me retiro de la habitación donde se encuentra el aparato. Antes de salir echo un vistazo al otro lado de la

vitrina, donde está «el técnico violento», y me dirige una mirada que muestra una indiferencia memorable, parece que le pregunta al otro qué ha pasado. Lo cierto es que salgo casi corriendo, me quito mi ropita azul, retiro del casillero mis pantalones, blusa, el resto de mi ropa interior. Me visto como puedo y me voy al estacionamiento donde dejé mi carro.

El bendito estacionamiento está repleto. Mi auto se encuentra entre dos vehículos, separado cinco centímetros de cada uno. Lo más sencillo sería buscar una pinza gigante para sacarlo y aun así quizá las puntas de la pinza no cabrían. Pero no estoy dispuesta a esperar a que encuentren a los conductores. Me meto en el carro y retrocedo y avanzo como cien veces. Giro un poquito pa'cá, ahora pa'llá… hasta que finalmente logro mi objetivo. El chico del estacionamiento que me ayuda a realizar la maniobra había comentado que era imposible sacar el carro en esas condiciones. Cuando lo consigo, casi me aplaude y comenta: «¡Y luego dicen que las mujeres no saben manejar!». Yo sonreí y le agradecí el piropo. Pero en seguida vuelvo a ponerme seria no vaya a ser que también me lance un golpe por parecer simpática. Uno nunca sabe cuándo se puede repetir un sueño.

Ya voy por la autopista. Pensándolo bien, tal vez el tipo sólo se le parecía. Yo creo que ese examen me tenía más nerviosa de lo que me había dado cuenta. Esto lo que da es risa. El pobre minitécnico creerá que soy loca. O tal vez no. Uno no sabe qué ven y escuchan estas personas que tratan con tanto enfermo.

Bueno, a estas alturas del partido no puedo hacer más nada. Igual soy una maravilla, pude sacar mi auto de ese pequeño espacio. Hasta tuve testigos que contarán mi hazaña.

¡Epa, un momento, retrocedí un montón de veces! ¿Qué estoy diciendo? Voy a mover mi cabeza hacia los lados poco a poco, no vaya a ser que me duela. ¡No, no me duele! ¡Estoy curada! ¡Milagro, milagro! ¡Estoy curada!

Índice

Primera parte

Segunda parte

Este libro se terminó de imprimir
en junio de 2011,
en los talleres de la FUNDACIÓN IMPRENTA CULTURAL,
Caracas, Venezuela.
Son 2.500 ejemplares.